Retazos intrincados sobre Roque Daltón

Juan Francisco Montalbán

Los escritores, a menudo los poetas, se convierten en arquetipo, intenso y por veces arbitrario, de sus países. Hijos sensibles y atentos de su tiempo y de su sociedad, bohemios o austeros, comprometidos en ocasiones, vociferantes o discretos, su vida acaba siendo con frecuencia un símbolo de las tierras que les vieron nacer, gozar y sufrir, y de la lengua que heredaron de sus padres. En la vida, obra y muerte de Roque Dalton se lleva todo ello al extremo. Los años que pasé en El Salvador, país ya de por sí legendario, me sirvieron para comprobarlo.

Llegué allí a mediados de 2001. Mi primer contacto con Dalton, de quien apenas conocía el nombre, y su estela, entre mítica y maldita, se produjo pronto, en la presentación de una recopilación de los artículos periodísticos del poeta David Escobar Galindo, uno de los negociadores de la paz, en los ochenta, por el bando gubernamental. Lo que iba a ser un acto literario convencional, resultó emotivo. Uno de los intervinientes, Geovani Galeas, escritor, polemista, decidió convertir, a su estilo, sus palabras en un desagravio de toda una generación, la suya, de militantes de izquierda acérrima, seguidores vitales de Roque Dalton, hacia Escobar, a quien ahora reconocía como un gran valor literario e intelectual, un hombre generoso de entendimiento y reconciliación, de paz y de letras «a quien habíamos condenado a muerte» por la cerrazón y el sectarismo imperantes en el momento. Así se expresó:

> *«Alguien que no se haya batido nunca a balazos o a puñaladas o siquiera a golpes, que no haya estado justa o injustamente preso, alguien que no haya vivido el vértigo de las plazas de toros o la sordidez de los burdeles, alguien, en fin, que no se haya aventurado, como quiere el bolero, por esos mares (o bares) de locura, no puede ser un escritor, según el conocido dictamen de*

Ernest Hemingway... Entiendo que ni en la vida ni en la obra de José David Escobar Galindo hay ese brillo negro de los excesos. Buena parte de mi generación se acercó a la literatura bajo el influjo de Roque Dalton, que nos llamaba a la guerra: la mayor de las aventuras y de las tragedias. Nosotros creíamos en los cantos de Dalton, el heroico, el martirizado, como nuestros padres creían en el evangelio, sin fisuras... Allá está Roque Dalton, en la catacumba ideológica, solo y con frío en la noche terrible de la traición y de los sueños despedazados, que ahora son pesadillas (hablo del ideólogo, no del poeta. El poeta Dalton está aquí, plenamente redimido). Y aquí está José David, enfrentando como todos nosotros la claridad pública que a unos irrita y a otros los hace sonreír tranquilamente».

Que estuviera hablando efectivamente de Dalton y de Escobar, o se tratara de algún alambicado ajuste de cuentas, o mostrara incredulidad y desesperación por haber nacido en tan impensable escenario de la guerra fría, es cosa distinta, pero aquellas fueron sus palabras y me intrigaron.

A los pocos días, Escobar Galindo le respondió, con gratitud, en su columna de prensa:

«No hay duda de que el proceso del país nos ha ido poniendo a todos en trance de sinceridad vital... Como bien dices, hubo un momento en que el fuego tomó posesión de prácticamente todos los espacios existentes en el país... Le ha llegado el turno a la armonía. No tengo duda de que Roque, nuestro atormentado e inevitable Roque, estaría de acuerdo».

Empecé, pues, con tal preámbulo, mi tránsito por las obras de Dalton. Fueron primero *Las historias prohibidas del pulgarcito*, caleidoscopio de textos propios y ajenos, sarcásticos y afectuosos a la par, sobre su país, y luego el *Pobrecito poeta que era yo*, hermética y experimental, autobiográfica. Y se me fue perfilando, de a poco, tal vez el meollo de su existencia: ¿En qué momento un hombre de letras inconformista, lúcido, crítico, implacable con la estupidez, la mentira y la injusticia, amante del humor y de la vida con sus contradicciones, intransigente con frecuencia y contradic-

torio él mismo, se decepciona del comunismo, de la revolución armada, se revuelve contra la rigidez malsana y reduccionista de las ideologías, y qué hace en tal momento? ¿Opta él mismo por rectificar, ayuda a otros a enderezar, cómo, en qué dirección, o se abandona, confundido y exhausto, y se inmola?

A comienzos de 2003, al año de aquel intercambio, coincidí en una reunión de amigos periodistas con Juan José Dalton, hijo de Roque, que me relató la exagerada y trágica vida de su padre. Haría casi cien años que había llegado a El Salvador Winnall Dalton, gringo de Arizona, de origen irlandés pero cuyos antepasados vivían en España de donde partieron a América. Llevaba tiempo ya, buscándose la vida, contrabandeando con sus dos hermanos entre México y Guatemala. El hombre, de un genio imposible, se asentó en el país, casó (dos veces) y procreó, y se dedicó con éxito al cultivo del café. Acabó ingresado en cierta ocasión en el hospital Rosales, tiroteado tras una refriega con un notable local, donde fue atendido por una enfermera, con la que tuvo los amoríos de los que nació en 1935 Roque, hijo natural aunque finalmente reconocido, y sustentado, por el viejo patriarca. Roque comenzó los estudios de derecho en Chile, conoció allí a Schafik Hándal, histórico líder de los comunistas salvadoreños, y al pintor mexicano Diego Rivera, y sus inquietudes sociales, de raíz cristiana, y su vehemencia vital, las atroces injusticias que contemplaba en su patria, le hicieron ir derivando hacia el partido comunista, militancia que a su temprano regreso a San Salvador le fue creando graves problemas. Casado pronto con Aída Cañas, padre de tres hijos, tras estancias breves en México y Cuba salió exilado del país en 1964, para empezar un fatigoso e interminable derrotero. Tres fueron los años vividos en Praga, donde trató a Miguel Mármol, superviviente mítico de la revolución y las matanzas de 1932. De nuevo radicado en Cuba, visitó el Vietnam en guerra, el Chile anterior al golpe, e ingresó definitivamente en El Salvador en la nochebuena de 1973, siempre navegando entre la clandestinidad, el arrojo por veces inconsciente y una firme voluntad de implicación directa en la revolución que se gestaba contra una dictadura militar que había incluso exiliado a la dirigencia reformista demócrata-cristiana. Se vio envuelto en las tensiones internas de su grupo, el Ejército Revolucionario del Pue-

blo, ERP, entre sus facciones más militaristas y las más políticas. En un siniestro episodio, los primeros desearon escarmentar a los segundos, y Roque, acusado de no sé sabe muy bien qué, fue juzgado sumariamente y ejecutado, un diez de mayo de 1975, pocos días antes de cumplir cuarenta años; el cuerpo nunca apareció. Un Alejandro Rivas Mira, principal responsable de todo, acabó desertando de la organización y huyendo, dos años después, con el rescate conseguido en el secuestro del empresario Roberto Poma (al que nunca devolvieron con vida), sin que nadie oyera más de él. Pregunté a Juan José Dalton por la autobiografía de Eduardo Sancho, con cuyo alias de comandante guerrillero, Fermán Cienfuegos, a menudo aún se le conoce, en el que contaba este episodio, pero no le parecía que se dedujera nada claro del relato de Eduardo-Fermán. Acabamos sorprendentemente hablando de los forajidos conocidos como los hermanos Dalton, a los que la jocosa tradición familiar considera como parientes, y de la cantante country de Arizona Linda Rondstadt, que resultó ser Dalton de ascendencia también, prima lejana suya por tanto; cuando Juan José y ella se conocieron, le pegaron un buen repaso al álbum genealógico compartido, a sus orígenes mexicanos, a los avatares de la vida en aquella peculiar región fronteriza, que ella había recreado en tantos discos, recuperando la música de padres y abuelos. Intenso país El Salvador, desgarrado y atormentado, de una vitalidad apabullante, con inesperadas evocaciones y brotes de humor en cada quiebro de la charla.

Al poco de lo anterior, en un programa de televisión, Geovani Galeas, revisando las utopías armadas de la izquierda salvadoreña, hizo una entrevista hábil y muy larga a Eduardo Sancho sobre su libro, Crónica entre los espejos. Eduardo se expresó con franqueza, tranquilo, algo confuso a veces pero con un halo de honradez, de integridad en sus palabras. Contó su versión sobre el papel de Rivas Mira, figura ya de relieve en la historia nacional de la infamia. Relató Eduardo su amistad con Roque, cómo le defendió en el juicio que culminó con su ejecución, las desavenencias dentro del ERP que le llevaron a crear Resistencia Nacional, sus connivencias de poetas... El grupo en que ambos militaban introdujo en el debate de la izquierda de entonces el concepto de la necesidad de alianzas entre la guerrilla, las fracciones democráti-

cas del ejército y ciertos grupos del empresariado nacional. No creía el entrevistado que estuviera en el origen de la ejecución cuestiones de celos de otros dirigentes (Roque se ennovió a su regreso al país con Lil Milagro Ramírez, joven guerrillera del ERP, más tarde secuestrada, torturada y asesinada por la Guardia Nacional), ni de indisciplina (gustaba mucho de la cerveza y el ron, algo mal visto en la sobria visión de la guerrilla) ni de insubordinación (Roque, irreverente, con frecuencia sectario, se mofaba con pluma afilada de sus enemigos personales e ideológicos). En su relato autobiográfico, Sancho describía los hechos fatídicos con estas palabras:

> *«Iniciado el juicio sumario propuse que Roque pasara a declarar y defenderse para ganar tiempo y con la idea de introducir la discusión política a la Comisión Militar... Con Lil comentamos que los próximos detenidos: ella y yo. Roque está de acuerdo en defenderse pero la Comisión rechaza alegando que en un juicio sumarísimo el acusado no puede defenderse, solo escucha su sentencia... La Comisión no acepta que llegue a declarar Roque. Se procede en otra reunión a tomar la decisión fatal en pocos días... La decisión de fusilamiento propuesto por Sebastián (Rivas Mira) y Vladimir (Umaña) que son los principales promotores tiene tres votos a favor. El de Sebastián, Vladimir y finalmente el de Joaquín (Villalobos). En contra sólo un voto, el mío».*

Galeas tenía razón en que, a casi treinta años del asesinato de Dalton, descabellado suceso en palabras de Sancho, y a once del final de la guerra, ya era buena hora de hablar de todo sin pelos en la lengua, por catarsis y por rigor histórico, de llamar al pan pan, sin complacencias ideológicas ni relativismos morales. Y para ello empleaba Galeas sin duda un sarcasmo crudo, revanchista consigo mismo y con quienes le embarcaron, a él y a tantos cercanos, en la militancia guerrillera y el exceso, en una trayectoria ajena a su vocación y sus capacidades. Así lo prueba su definición del salvaje asesinato ordenado en 1983 por Cayetano Carpio, jefe de otro de los grupos guerrilleros, las Fuerzas Populares de Liberación, en Managua, de Mélida Anaya Montes, líder rival en la

misma organización: «Noventa y nueve picahielazos de izquierda salvadoreña».

Con gran interés leí la biografía de Dalton de un joven autor salvadoreño, Luis Alvarenga. Bajo el título de *El ciervo perseguido*, incluía algunas fotos magníficas del poeta, con aspecto de dandy bromista y mujeriego, autosuficiente, algo fiero, seductor, insolente, quizás vulnerable. La obra resultaba atractiva, muy apropiada para avanzar, aunque fuera a trompicones, en el personaje e ir haciéndose con una imagen aproximada del escritor. Recojo la de José Agustín Goytisolo, que, cuenta Alvarenga, a Roque resultó irritante:

> *«... ese poeta disparatado, medio niño burlón y medio guerrillero decimonónico de un film de Glauber Rocha, del extraordinario conversador y, al decir de las mujeres, gran hombre para la cama que es Roque Dalton».*

Ernesto Cardenal nos resalta su socarronería:

> *«A Roque Dalton yo lo recuerdo riendo. Flaco, de un blanco pálido, huesudo, narigón como yo, y siempre riendo... Se reía en primer lugar de él mismo. Se reía de cosas ridículas de El Salvador, y siempre estaba hablando de cosas de El Salvador y es que quería muchísimo a su país... se reía de la burguesía salvadoreña... se reía de los jesuitas... y también se reía de cosas de su partido comunista».*

En su autorretrato, Dalton nos ayuda: «este rostro feo, esta caricatura de espadachín sinvergüenza que pagó ayer por la tarde sus impuestos». Y hablando de su nariz deforme, en uno de sus poemas nos aclara que «no, no siempre fui tan feo». En otro texto breve, «Confesiones», habla de los grandes amores de su vida, su madre, su aya, su mujer y sus tres hijos, su padre y su hermana, una chiquita llamada Gladys y una joven de nombre Cecilia, el fútbol, el billar, la revolución y el concepto abstracto del comunismo, unos mariscos que en su país llaman conchas de burro y algunas cosas y personas más, detallando los plazos concretos que duró su amor, y acaba así:

«¿hasta dónde ellos han sido otra cosa que yo mismo?... a quién más amé en la vida fue a mí mismo. No me opongo a tal conclusión implacable, palabra de honor. Es más: pienso que todos esos amores míos pueden sentirse halagados porque quien los amó con tanta intensidad fue un gran egoísta, quizás uno de los más grandes de este siglo ecuménico».

En ese febrero de 2003, para mí tan daltoniano, cené con dos escritores españoles, Rosa Regás y Pedro Molina Temboury (que luego habrían de escribir un libro sobre su periplo centroamericano, *Volcanes dormidos*), con Eduardo Sancho, con el también antiguo comandante guerrillero Facundo Guardado, con Miguel Huezo Mixco, hombre del mundo de la cultura y antiguo guerrillero en la columna de Facundo. Acabamos a las dos, después de una sesión de una intensidad difícil de reproducir. Nuestros visitantes fueron haciendo al principio preguntas con el ánimo de recrear el tipo de vida de la guerrilla en aquella época y para ir retratando a Dalton. Pronto la conversación fue ingobernable, y entre los tres antiguos guerrilleros se creó un clima muy especial, de compañerismo, de rectificaciones mutuas pero amables, de reproches comprensivos acompañados de consejos, mil anécdotas sobre sus novias de entonces, sus locuras de militantes poco disciplinados, sus poemas y sus sueños, algunas historias sobre una botella de whisky... Los tres estaban sentados juntos, y a menudo, en momentos de tensión, se levantaban nerviosos o se cogían por el brazo al tiempo que hablaban. Los españoles (Carmen, esposa de Facundo, mi buen amigo Carlos Ruiz, compartían también mesa con nosotros) asistíamos electrizados a la conversación, sobre Dalton y su muerte, el papel de los cubanos, episodios de guerra y camaradería, las muertes de Mélida Anaya y de Carpio (que se pegó un tiro cuando su autoría en el asesinato de la primera se hizo evidente), la vida azarosa de sus familias... El momento cumbre probablemente llegó cuando Facundo, algo callado hasta entonces, confesó que no sabía cómo abordar en las memorias que redactaba incidentes que conocía bien por sus vivencias e investigaciones (tenía guardadas múltiples cintas, con testimonios y datos), una matanza de miembros del FMLN en San Vicente dirigida por un comandante guerrillero en pleno delirio polpotiano,

otra de campesinos orquestada por el ejército. Con fuerte carga emocional, todos entramos a discutir sobre responsabilidad histórica, recuperación de la verdad, reconciliación nacional y amnistía y convivencia de futuro, necesidad de apoyar y aliviar a los familiares de desaparecidos en su angustia e incertidumbre...

Invité a los pocos días a un café a Manlio Argueta y José Roberto Cea, amigos de juventud y compañeros de generación de Roque, a sus hijos Jorge, cineasta, y Juan José, periodista de quien ya he hablado (el tercero murió en la guerrilla), y a su biógrafo Luis Alvarenga. Roque se iba perfilando a mis ojos como un poeta más atormentado políticamente, menos esquemático en sus diseños de sociedad, reñido y distanciado progresivamente del régimen cubano y de sus jerarcas culturales (Miguel Huezo Mixco relata bien sus trifulcas con ellos, en su artículo Cuando salí de La Habana), vuelto a su país a la acción directa tras su decepción del socialismo real, enrolado durante una visita a Cuba de ese siniestro y extraño personaje, el líder del ERP, Rivas Mira, luego su probable asesino... Regresando tal vez trágicamente a su destino, la revolución nonata devorándose a sí misma.

El propio Juan José Dalton había publicado en el diario mexicano *Excelsior*, en mayo de 1993, una entrevista con Joaquín Villalobos en la que éste asumía su responsabilidad y reiteraba su petición de perdón a la nación, repitiendo casi en cada párrafo las palabras error y falta. A Dalton, aclaraba, se le acusó de promover la insubordinación y la deserción por algo que en perspectiva no fue sino una muestra de disidencia con una jerarquía implacable y ciega, y de ser agente de la CIA, una infamia habitual en tal tipo de purgas. Establecía la responsabilidad colectiva en la decisión de los siete nombres de la dirección de entonces del ERP, él mismo y Rivas Mira entre otros, atribuyéndola a «la inmadurez, personal, emocional, el nivel de radicalización ideológica y dogmatismo». Y añadía algo más sobre aquellos días fatídicos: Roque señaló repetidamente que se iba a cometer un error, una injusticia, se opuso al proceso.

Charlando con el historiador Carlos Cañas-Dinarte surgieron las andanzas por El Salvador del escritor chileno Roberto Bolaño en los setenta y de su probable relación entonces, encuentro quizás, con Roque Dalton. En una sinopsis en internet de Barnes and

Noble sobre Amuleto, uno de los libros de Bolaño, se da por seguro. ¿De qué podrían haber conversado en tal caso, de literatura o política, de sus vidas, de Chile, de sus tumbos errantes y sus anhelos? En aquellos días de julio de 2003 conoceríamos la noticia de la muerte del chileno, a cuya obra, de gran ambición, se auguraba ya notable proyección e influencia. ¿Nos habría de ayudar Bolaño en sus escritos y testimonios a adentrarnos en Dalton?

Bolaño hablaba a menudo de este paso por El Salvador, en 1973, camino de Chile por tierra, recorriendo en autobús toda la costa del Pacífico desde México. Volvía a su país natal «solo a hacer la revolución» y acabó presenciando la caída de Allende. Frecuentó durante su escala salvadoreña los círculos literarios de un país ya muy confrontado y donde se palpaban los gérmenes de una guerra civil que explotó abiertamente a finales de esa década. De las palabras de Bolaño no se deduce que conociera personalmente a Dalton, aunque aventura que sí a sus asesinos. Hablando de su obra *La literatura nazi en América*, decía:

> *«No solo los fachas cometieron horrores en América Latina. Ahí está el caso de aquel poeta salvadoreño que asesinaron sus camaradas, Roque Dalton. Yo conocí a varios de los que mataron a Roque Dalton. Viví en El Salvador antes de que comenzara la guerra civil, y de los diez comandantes principales cuatro eran escritores. Y a dos de ellos los conocí... Lo mataron mientras dormía. No lo despertaron nunca; él nunca supo que lo iban a matar. Discutieron durante todo el día, porque Roque Dalton se oponía al levantamiento armado y los comandantes decían que ya era hora y que había que empezar la revolución. No llegaron a ningún acuerdo. Roque Dalton se fue a dormir, los comandantes siguieron discutiendo y dijeron: hay que matarlo. Como si fuera una banda de gangsters. Y dijeron, matémosle ahora que está durmiendo, porque es poeta, para que no sufra. Palabras literales... Lo mataron básicamente, por lo de los hijos haciendo el ritual de la matanza del padre».*

No todos creen que el asesinato tuviera un rasgo último de compasión. Carlos Rico Mira, primo de Rivas Mira, en su obra En silencio tenía que ser, lo reconstruye con esta brutalidad:

«el día en que iban a ajusticiarlos, se dirigieron a la habitación donde estaba Roque y le dijeron: 'Es hora que salgas al patio a tomar el sol'. 'Sí, dicen que el sol cura el jiote', se puso a reír y salió. Por la espalda lo asesinaron, le pegaron un sólo tiro entre la nuca y el occipital. Roque se derrumbó sin decir palabra.»

Sería muy extraño que Bolaño hubiera conocido directamente a Dalton y no nos hablara de ello, cuando sí lo hace de sus supuestos asesinos. Y no quedan claras sus fuentes respecto a las condiciones y la autoría de la ejecución, pero las menciones al poeta abundan en toda su obra:

«Soñé que estaba soñando y que en los túneles de los sueños encontraba el sueño de Roque Dalton, el sueño de los valientes que murieron por una quimera de mierda» (Tres).

«... los hijos de puta que mataron a Roque Dalton mientras dormía para cerrar la discusión y porque así convenía a su revolución» (Estrella distante).

Fue así Dalton, en los vericuetos de las referencias cruzadas y la curiosidad sobrevenida, quien me llevó a Bolaño. El último Bolaño entonces publicado, un libro póstumo de poemas, La universidad desconocida, me permitió adentrarme en su extraña y elogiada creación literaria. Aparecían, entre sus primeros versos, éstos: «Me he criado al lado de puritanos revolucionarios / He sido criticado ayudado empujado por héroes / de la poesía lírica / y del balancín de la muerte». Sarcasmos y tensiones que se me antojan compartidas con Roque Dalton.

Indagando en internet sobre los nombres que nos ocupan, salta el de Horacio Castellanos Moya, gran novelista salvadoreño, prolífico, implacable, desgarrado y certero, que en una conferencia universitaria, bajo el título de Trayectoria de un contestatario, analiza a Bolaño, al escritor y al personaje, con quien había cruzado correspondencia mientras éste redactaba su hercúlea, y póstuma, *2666*. Y nos recuerda que de todo su periplo del 73 de México a Chile, tan sólo deja Bolaño referencias de su paso por El Salvador, pero sin mencionar encuentros personales con Dalton. Por

atractiva que resulte la idea, ello parece definitivamente imposible: se da por cierta la fecha de la nochebuena de 1973 para el regreso clandestino, con nombre falso y tal vez cirugía plástica, de Dalton a San Salvador, y Bolaño había pasado por allí mucho antes pues en el momento del golpe contra Allende, en septiembre, ya estaba en Santiago. Puestos a fantasear, posible habría sido un encuentro en Chile, por donde Dalton había pasado en el 73 invitado por el gobierno de la Unidad Popular.

Nos dice Castellanos de Dalton:

> *«...asesinado por sus propios compañeros guerrilleros, quienes lo acusaron primero de ser un infiltrado de la CIA y luego de ser un payaso de los servicios de inteligencia cubanos... Su muerte abominable a manos de sus mismos camaradas tendría que haber servido como un ejemplo para que los escritores salvadoreños nos alejáramos de la guerrilla, y de la política en general, como de la peste. Pero no fue así sino al contrario...».*

Dicen que Taberna y otros lugares es la mejor obra de Dalton. Estilo peculiar, de prosa y verso afilado, culto y prolijo, erudito y natural, evocador, visceral, contundente, oscilando entre la mordacidad demoledora, zafia por veces, y el simbolismo, con sus toques de diletancia, vanguardia y revolucionarismo, brillante, sin duda hosco y duro... Y no exento de rasgos de ternura, como cuando nos cuenta sobre la mañana que conoció a su padre (ya con tres años, un día que estaba en la casa con la Pille, la mujer que lo cuidaba):

> *«Siento que el señor me pega una nalgada suave, me pasa una mano por el pelo, mi lindo pelo rubio de entonces que era la esperanza de mi mamá para que yo me distinguiera de por vida como un ser superior entre el conglomerado de murushos y jiludos cabellos salvadoreños; y, luego, me quita el calcetín del pie derecho, desnudándomelo entre la mano inmensa y fuerte y me lo aprieta pero sin hacerme daño, más bien siento unas cosquillas tibias que me dicen que el señor no es tan bravo como toda la gente grande que no sean mi mamá y la Pille».*

En la novela que planeaba dedicar a su familia y que el último regreso a San Salvador interrumpió, *Dalton y Cía*, le dirige nuevas palabras de afecto:

«Mi padre y mi tío eran dos personas maravillosas y de magnífico fondo, excepto en todo lo referente al problema de asegurar su dinero y hacerlo crecer. En este terreno tenían la ideología de un gambler del Misissipi...».

Esto en su juventud, luego ya en la edad adulta sí que aprendieron. Y en esas páginas, Roque especula, bromea sobre su origen familiar:

«No sé por qué tengo la convicción de que uno de ellos, mi abuela o mi abuelo, tuvo algo que ver con España... Será tal vez por la azul barba cristiana de mi padre que, aún recientemente afeitada, le daba sobre el telón de fondo de su piel cerúleamente pálida el aspecto que siempre atribuí a los jesuitas de Bilbao».

Busco fotos de Dalton, y las encuentro abundantes en la página web del Museo de la Palabra y de la Imagen, magno emprendimiento de Carlos Henríquez Consalvi (el célebre «Santiago», periodista clave en la voz de los insurgentes durante la guerra, Radio Venceremos) y su mujer Georgina Hernández, por años empeñados en recuperar la historia salvadoreña, clandestina y dispersa. Aparecen allí piezas históricas esenciales, que poco a poco, trabajosamente, se van encajando, el levantamiento indígena y las masacres de 1932, el legado del poeta Salarrué, el archivo de la guerrilla, el de Roque Dalton traído desde México donde viajaron a tal efecto Santiago y Jorge Dalton. Pendiente una publicación rigurosa de todas las obras de Roque, la editora pública salvadoreña ha ordenado su poesía completa bajo el título de No pronuncies mi nombre; mi amigo Moisés Morera, que en San Salvador cumple sus primeras guardias diplomáticas, me las remite, y a ellas recurro en pos de datos, claves y referencias.

Gringo iracundo, apodo que a menudo Roque usaba en referencia a su padre, es un trabajo concienzudo, de 2009, de Roger

Atwood sobre los Dalton, en el que reconduce, matiza y rectifica, con contundencia académica, algunos lugares comunes sobre el clan, muchos de ellos divulgados insistentemente por el propio poeta. A mis ojos, sin embargo, hace más compleja y atractiva la trama familiar. Y nos abunda en esa mezcolanza vital de la que nace la creación de Dalton, entre el orgullo herido de su origen y las relaciones contradictorias, ambivalentes, con su padre, al que admira o añora o caricaturiza o reclama o reprocha según el ánimo y el momento, de quien habla frecuentemente en sus escritos (él, que apenas menciona a su familia).

Aquí va la historia, bien contrastada por Atwood. El abuelo de Winnall Dalton, en realidad inglés, había emigrado a Perú y de ahí a California y Arizona, donde perdió abundantes tierras en los tormentosos tiempos de la guerra y los tratados por los que los Estados Unidos arrebataron la mitad de su territorio a México. El padre, ya en Tucson, casó con María Jesús Vásquez, de una conocida familia mexicana. Nada que ver, por ningún lado, con los célebres hermanos bandoleros de Kansas. En su casa, de clase media, se hablaba con fluidez el inglés y el español, muestra de una doble identidad, típica de la vida de frontera de entonces, que impide pensar luego en Winnall como un gringo inadaptado en tierras centroamericanas, arribista, casi fuera de la ley. El mal rumbo de los negocios familiares le hizo emigrar, a México (aunque su implicación con las tropas de Pancho Villa parece ser una inmensa fábula), luego a trabajar con una compañía bananera en Honduras, y por fin a El Salvador, donde en un barco hacia San Francisco conoció a una joven local, de familia acaudalada, que fue su primera mujer. Asentado en El Salvador, llevó una intensa vida de propietario agrícola, innovador y exitoso, de agreste temperamento, poco hablador, jugador en ratos libres. Tras una pelea con el banquero Benjamin Bloom, al que debía dinero, uno de sus guardaespaldas le pegó varios tiros que le dejaron postrado en un hospital donde conoció, enamoró y embarazó a su enfermera, María García, madre de Roque, que le exigiría el reconocimiento de su paternidad (que no llegará hasta los 17 años), el abono del colegio de jesuitas y luego la universidad chilena donde Roque comenzó sus estudios; no en vano Atwood habla de ella como «la única persona capaz de intimidar a Winnall Dalton». Roque adul-

to y su padre se vieron con cierta frecuencia, en ocasiones con mayor cordialidad y cercanía, luego de forma más fría quizás por la progresiva implicación política del poeta. Muere en 1962, con Roque instalado en Cuba. No faltan ironías freudianas de Roque sobre las consecuencias de su filiación: «Dicen que tú ingresaste en el partido comunista por complejos, me dijo un día en México Miguelito Regalado Dueñas después de pagarme la cena y hablar del señor Marx». No es fácil saber qué pensaba Winnall de su hijo izquierdista y vital, de su fuerte personalidad y sus singulares habilidades literarias, de su cosmopolitismo, de si ello generó orgullo paterno.

Viviendo años después, por razón de mi trabajo, en Bolivia, buscaba por la feria del libro de La Paz, en cierto paseo indolente, a deshoras, textos de Dalton y Bolaño que me hablaran de su rastro y su relación. Nada hallé entre las casetas desangeladas, pero la atractiva propaganda de Plural Editores me convenció para hacerme con el recién reeditado Felipe Delgado, de Jaime Saenz, dicen que la mejor novela boliviana. Saenz gustaba del lema de navegantes inscrito al pié del monumento a Colón, en el Paseo del Prado de La Paz: «Vivir no es necesario, navegar es necesario». En su singladura, atormentada y profunda, no conoció revoluciones ni lugares remotos, pero fue de innegable intensidad: la realizó por los barrios paceños, sólo, con vecinos, amigos, compañeros ocasionales de taberna, y en ella descendió, en introspección personal implacable, a las simas del alcohol y la vida marginal, la heterodoxia, la muerte y la magia. Los escritores viajan y nos cuentan sus andanzas, con las que nos divierten, nos aterran o nos emocionan. Quisiéramos a menudo también, abusando de su indulgencia, contarles las nuestras.

Repaso con ánimo de cierre estas notas, en el Madrid tórrido de julio de 2010. Una conclusión política me llevaría a la porfía inasequible por un mundo mejor y el trágico destino de quienes lo pretendieron en tiempos intolerantes y crueles. Y podría recordar la búsqueda afanosa, interminable, de la verdad en el caso Dalton perseguida por sus hijos: hace dos meses, Juan José publicó un artículo reclamándola «con el corazón desgarrado» en el aniversario de la ejecución de su padre, pidiendo explicaciones sobre cómo ocurrió y donde reposan sus huesos, protestando desolado

por el nombramiento de un antiguo dirigente del EPR, presunto implicado en el asesinato, como alto cargo del gobierno del FMLN, pidiendo valentía y perdón y ofreciéndolo de su parte.

Pero no renuncio a otra senda y me dejo llevar por esa poesía especial, suave o amarga, a menudo enfebrecida, de las causas perdidas, de la felicidad esquiva, de la confianza traicionada. Zambullido en mi biblioteca, entre libros y apuntes de años pasados que releo para componer estos retazos, topo con *La bodega*, un cd dedicado a la vida y la obra de Saenz, que cierra con hondas palabras suyas, «Decir adiós / y volverse adiós / es lo que cabe». Mientras, suena de fondo una triste canción de Bob Dylan, *Not dark yet*, cuyos versos evocan angustias cercanas a las de quienes nos han acompañado en estas líneas:

> *«He seguido el río hasta llegar al mar / he alcanzado el fondo de un mundo repleto de mentiras / ya no busco nada en los ojos de la gente / cargo a veces con pesos que apenas soporto / aún no es de noche pero no va a tardar».*

«¡Qué cosa más jodida es descansar en paz!», dejó dicho Roque, premonitorio y burlón